

Para nosotros lo que nos interesa en esta poesía de Milanés que, no obstante su cultura y la atención con que seguía el movimiento cultural de su esposa, dista mucho de ser representativa, es el sentido humano, su preocupación por el miserable, por el ser extra social. Existe en su poesía una gran capacidad de perdón para los desgraciados, como fuertes dosis de condenación para la sociedad. Milanés comprendía y sentía con intensidad las injusticias sociales, las debilidades humanas y era piadosa su voz para expresarlas. Como bien dice Antonio Sánchez de Bustamante «para contraste y color de sus obras, puso la realidad contemporánea, imperfecta e injusta, equivocada y cruel, viciosa y decadente» en sus versos que no siempre producen placer con su lectura, pero que debido a su contenido y a que las condiciones generales de la vida, poco o casi nada han cambiado desde entonces acá, y a los motivos que canta—La Ramera, La Cárcel, etc.—todavía conservan un significado de actualidad y es en este aspecto en el que el verso de Milanés puede aun ser leído, siempre que haya la necesaria comprensión.—A. T.



TIEMPO AUSENTE, poemas por *Jerónimo Lagos Lisboa*, Nascimento, 1937.

El tiempo que se fué tiene siempre en el espíritu un elocuente significado. La evocación amorosa lo empapa con la preterita belleza que tuvo la esperanza encendida por ese claror de amanecer que hay en toda ilusión. Y es que cuando los años comienzan a pesar, la sensibilidad del hombre va haciéndose más sutil para percibir los matices con que la emoción nos toca el alma. En el recuerdo, estas sensaciones se van cincelandando como finas y delicadas aristas que ponen de relieve aquellos pequeños detalles, cuyo encanto antes no supimos ver ni apre-

ciar. Es posible que esto ocurra porque el presente, ya sea alegre o doloroso, encierra en sí, la dura fuerza de la realidad que se vive. En cambio, de esos sentimientos surge más pura la belleza cuando la nostalgia, como un suave resplandor pone sobre ellos esa poética serenidad que reemplaza al imperativo cruel y urgente de la pasión desencadenada.

Sin embargo, en este libro de poemas de Lagos Lisboa, puede observarse el caso del poeta que escribe sobre el pasado con fervor y exaltación. Un cálido torrente de armonías cruza por sus versos, alumbrados por chispazos de inspiración potente que los sacuden y estremecen, sin que en ningún momento languidezca la fuerza creadora que los anima ni las imágenes se resientan por falta de fantasía ni de imaginación. Una fluidez que surge como un chorro de agua clara se irisa de sol y palpita en el aire sonoro que estremece sus estrofas. Hay siempre en ellos una sensación de gozo y de deslumbramiento que no logran ensombrecer ni la tristeza ni la soledad, porque un divino soplo de eternidad resplandece en su ensueño humano cuando dice:

Tu mirada lejana  
se disuelve en mi ser cuando me muera  
he de seguir en éxtasis mirándola.  
...Desde una estrella bajaré a la tierra  
y mis cenizas se alzarán temblando  
(«Una tarde de otoño», página 17).

Un ansioso de dicha hasta más allá de la muerte, como todos los poetas, pero sin caer en la nota degarradora y desesperada. Es la poesía suavizada por el ensueño, en la que aparece el influjo de su raza. Pero en Lagos las huellas de romanticismo puro que el antepasado lusitano diera a su sensibilidad, se iluminan de pasión exaltada cuando la vida y, principalmente el amor, lo llaman a gozar de todos sus deleites. En-

tonces se muestra sensual y voluptuoso, no a la manera de Omar Khayan, pues en ningún momento abandona la preocupación estética que aplaca sus estallidos pasionales, pero sí con ese calor humano del hombre que sintió arder su sangre con el ritmo apremiante del deseo ennoblecido por la belleza del amor:

.....

Y ya en la alcoba, heridos de ternura,  
salimos juntos al balcón. Sediento  
bebí en sus labios, y con amargura  
me echó a la cara su cabello el viento.

Sentí el rumor de sus azules venas . . .  
La ungué en pasión, y al deshojar su pecho,  
quedó un lánguido aroma de azucenas  
mordidas por el viento sobre el lecho.

(El viaje. Página 103)

Un contenido ardor enciende la ansiedad humana de estas estrofas, mas no hay en ellas la fiebre pasional, quemante y avasalladora que ha caracterizado la poesía erótica de la mayoría de los poetas que han cultivado este género. Un sentimiento estético empapado en emoción verdadera, burila el verso dándole una donosa gracia juvenil. Como el perfume que surge de un pebetero, sugiere más que explica, idealiza en vez de mostrar la realidad incitante. Es el viajero que busca el paraje ideal e inédito donde pueda admirar la belleza sin rebuscamiento ni torturadas fórmulas de alquimia cerebral. Es verdad que no siempre deja que su corazón hable el sencillo lenguaje de su padecimiento o de su gozo, pero sabe extraer de lo hondo el latido intenso, que como una nota musical vibra en el instrumento aprehendiendo la armonía que se quiere traducir en toda la amplitud de su expresión.

*Tiempo ausente* es un volumen que deja la impresión de una larga labor poética, realizada con lenta y amorosa preocupación. Los numerosos poemas que lo forman dan la idea de lo definitivo dentro de la capacidad creadora de un artista. No es el jardín en donde las flores rústicas ahogan y ocultan la belleza de aquéllas de mérito y calidad. Es el caso del artífice que va día a día tratando de superarse, hasta alcanzar el límite de lo que su concepto de estética le permite dar. Así su talento poético se enriqueció en expresión. La gama de su emoción no se diluye en imágenes anémicas, ni en decoraciones venallescás, cuando el verso se yergue con liviana elegancia. Sobre la base granítica del buen gusto, saca de las fórmulas antiguas la transparencia y el atildamiento, entremezclándolas con la sugestión atrevida que involucra la inquietud moderna en el arte de hoy. Su poesía tiene la plasticidad de quien supo aprehender todos los secretos del sentimiento y de la belleza. Muéstrase picaresco y risueño a ratos, sentimental y reminiscente después, apasionado y fervoroso, cuando el amor infiltra su punzante inquietud en el alma. Como Pezoa Véliz, que cantó con fresca y limpia entonación la vida del campo y de sus habitantes, Lagos, a través de su emoción, nos pinta la vida poblana, con sus fiestas sencillas y su ambiente casi rural, con un colorido admirable. No hay en él, el sentimiento grave y hondo a la manera de Max Jara, ni el misticismo doloroso de Mondaca, ni el anhelo angustiado de Magallanes Moure, pero como todos los nombrados tiene el poderoso vuelo del poeta altísimo, eso sí que con cierto enamoramiento de la exteriorización musical, pues prefiere la orquestación armoniosa, al alarido o grito de desesperación. Tampoco hay en la poesía de Lagos el acento mesiánico del hombre que trata de ser el intérprete de Dios. Es antes que nada el hombre traspasado por la emoción de la vida, que siente la necesidad de cantar. Y un poeta que sabe expresar la inquietud artística con tan elevada calidad tiene, como la hermosura de la naturaleza, el valor de lo eterno.

Lagos Lisboa no estaba silencioso durante el largo período transcurrido entre la aparición de su primer libro y éste que comentamos. Vivía oyendo sus voces interiores, afinando su instrumento y templándolo hasta dejarlo a tono con las formas que exige la sensibilidad de hoy. Para ello no ha seguido el camino del confucionismo, ni el de las fórmulas estafalarias. En este aspecto, el valor de su labor poética se acrecienta y embelece. Ha pensado que el verdadero arte no tiene modas ni tiempos. Es como el sentimiento en el corazón humano, fuerza indestructible, cuya expresión puede cambiar a través de cada temperamento, sin que por eso sean otros los elementos que forman su esencia misma.

Saludamos en *Tiempo ausente* al mejor libro de versos del año y a una de las obras más bellas y representativas de la poesía lírica chilena.—LUIS DURAND.